

EL DIA DE LOS RUIDOSOS DUQUES

FREDERIK POHL 1963

1

FORAMINIFERA -9

P ADTASTE udderly, semped sempsemp dezhavoo, qued schmerz... Perdonen. Quiero decir que era un día interminable, aburrido, tedioso...

No pierde mucho con la traducción. ¿Son lógicas mis razones? No; no para ustedes, porque ustedes son trogloditas que no saben nada de las causas y que tan solo conocen los hechos.

Ante todo debo presentarme. Mi «nombre» es Foraminífera-9 –Hart Rayo de Bayle, y soy de un tamaño y edad adecuados. (Si lo dudan, estoy dispuesto a defenderme.) Una vez que... la monotonía de la vida, como dirían ustedes, se me apareció clara tenía, pues, dos soluciones. No sentía deseos de morir; por tanto, esa solución quedó eliminada. Y la otra era volar.

Disponía, por supuesto, de la maquinaria que necesitaba. Me planteé así el problema: ¿Habría en las páginas de la historia de cualquier edad una época en la cual una 9–Hart Rayo de Bayle pudiera encontrar aventura y diversión? ¡Tenía que haberla! ¿Sería posible –me dije, desesperando –que desde lo profundo del sueño primitivo hasta mi propio tiempo no haya una era en la cual yo pueda ser feliz? Porque supongo que era la felicidad lo que yo buscaba. ¿Pero existía esa era? Afortunadamente, tenía cincuenta o mas siglos entre los cuales buscar. Y eso era el mayor problema: no podía pasarme la vida tratando de descubrir la época más conveniente. Había demasiadas para escoger. Era como una biblioteca enorme en la cual hubiera un libro que yo estuviese buscando y que, por falta de catálogo, no podía encontrar.

¡Un catálogo! –exclamé en voz alta. Pues, para ser sincero, aquella era la respuesta.

Tenía libre entrada a la Casa de Aprendices, y el catálogo podía encontrarlo sin dificultad en la sala de lectura cuando quisiera.

¡Espléndido! ¡Espléndido! Me sentía radiante Devolví el visor al conserje sin perder tiempo y recibí a cambio la señal que había dejado. Corrí hasta la Casa de Aprendices y formulé mis deseos en una hoja de pedido, como sigue: Encontrarme una época de un pasado reciente donde hubiera aventuras, donde hubiera una banda secreta de desesperados a la cual pudiera yo unirme. Y añadí dos aclaraciones: segunda, que fuera antes de los altos niveles de radiación, y primera, que fuese después del descubrimiento de la anestesia, por si había accidentes. Una vez rellenado el formulario, me retiré a una mesa en espera de los resultados.

Solo tardó unos momentos, que empleé en hacer una lista de las cosas que necesitaba y debía llevar conmigo. Se produjo un silbido y un chasquido, y en el receptor de la mesa apareció un libro; lo saqué de su caja y lo abrí por las páginas marcadas en la cubierta.

¡Había encontrado, por fin, mi aventura maravillosa!

* * *

¡Horas y días de excitantes preparativos! ¡Qué lío de equipajes y de compras! ¡Que montones de formularios y visados! ¡Qué orgía de inyecciones, inoculaciones, vacunas! Solo los preparativos del viaje me produjeron una taquicardia y mi balance de adrenalina subió hasta el borde de la paranoia; era como obtener una nueva oportunidad para vivir.

Al fin, todo estuvo dispuesto. Penetré en la cápsula de transmisión. Tomé los mandos. Abrí la puerta. Salí. Plegué la cápsula, la puse en mi portatodo y contemplé mi nuevo mundo.

¡Qué olor a viejo, a agrio, y, sobre todo, a frío! Quedaba por ver si yo era capaz de evitar una violenta estenosis; cerré los ojos, recordé un momento las cálidas violetas, y entonces me recupere.

El frío no era un olor moral, sino un hecho físico. Todo estaba cubierto por una sustancia grisácea por la suciedad, que reconocí como nieve, y por la calzada pasaban vehículos con ruedas, los cuales me salpicaban a su paso, pues la nieve empezaba a derretirse. Ajusté mis controles de abrigo para calentarme, que era lo mejor que podía hacer. El olor a viejo continuaba. Muchos de los edificios eran casi verticales. No me hubiesen molestado de haberlo sido realmente; pero a muchos de ellos les faltaban minutos de arco para serlo, y todos estaban cubiertos por materiales carbónicos, los cuales descubrí que eran un depósito inadvertido del aire. ¡Era un mal comienzo!

Sin embargo, ¡no estaba aburrido!

Comencé a caminar por la «calle», como ustedes dicen, hacia un grupo de jóvenes que venían hacia mí, en fila. Cuando estuvimos más próximos me miraron con curiosidad, murmurando entre sí.

Me dirigí a ellos:

–Señores, por favor, indíquenme dónde está la oficina de reclutamiento, como ustedes la llaman, de la terrible Camorra.

Se detuvieron y me rodearon, cada vez con más curiosidad reflejada en sus rostros.

Eran bien parecidos, pero toscos, vestidos con cazadoras color naranja y pantalones demasiado oscuros.

Creí que no me había expresado bien, porque es probable que un rápido curso de dialectos del pasado no le capacite a uno para practicarlo demasiado bien sobre el terreno. Por eso repetí:

–Deseo encontrar a un representante de la Camorra (en otras palabras, la Mano Negra; dicho de otro modo, el cruel y siniestro terrorismo siciliano llamado Mafia). ¿Sabes dónde puedo dar con ellos?

–No –respondió uno, al fin –. ¿Quién será este tipo?

Sus palabras me confundieron un momento, hasta que comprendí que hablaba en sentido figurado. Cuando yo iba a preguntar de nuevo el joven añadió:

–Déjenos en paz, hombre.

Y los cinco se alejaron rápidamente unos cuantos «metros». Después observé que conferenciaban entre ellos, mirándome de cuando en cuando, y durante unos momentos pensé que sería mejor dar por terminada mi aventura y regresar a mí «casa», como ustedes dicen, para documentarme más.

Sin embargo, uno de los cinco jóvenes se acercó, el mismo con quien yo había hablado antes, y noté que era más alto y fuerte que los otros.

–¿Buscas a la Mafia?–asentí, y él continuó –. ¿Tienes pasta?

Costaba trabajo entenderle, así que pregunté despacio:

–¿Qué significa «pasta»?

–Dinero, hombre. Tienes que darnos algo si quieres que te ayudemos.

–Sí, claro, dinero. Tengo mucho dinero.

Eso pareció aclarar su mente. Reflexionó un momento, y luego dijo:

–Está bien. Ven con nosotros. ¿Cómo te llamas?

No entendí muy bien su pregunta, y él aclaró:

–Tu nombre. ¿Cuál es tu nombre?

–Puedes llamarme Foraminífera-9 –respondí, pues deseaba conservar el incógnito, y los seguí a lo largo de la «calle».

Los cinco muchachos se desvivían por servirme, y se ofrecieron a llevarme el portatodo. Pero rehusé.

La ciudad parecía interesante. ¡Qué sucia, qué polvorienta y qué fría! Pero, a pesar de todo, conservaba cierto encanto que me es imposible expresar en este idioma. Solo los actos y los hechos, desde luego. No intentaré captar una subjetividad como es el encanto, solo transcribiré las sensaciones físicas. Mis compañeros, por ejemplo: parecían muy excitados, mirándose sin cesar, mientras se apartaban de una puerta donde apareció otro hombre vestido de azul y con gorra de visera. Eran muy amables al posponer sus propios planes por escoltarme en busca de la Mafia.

¡La Mafia! ¡Por fortuna los había encontrado para que me condujesen hasta ella! Porque, en el libro de historia que había consultado últimamente, estaba claro que no era nada fácil llegar hasta la Mafia. Tan secreto era todo que no encontré rastro

de su existencia en otras historias del período. Tan solo en un curioso volumen titulado *U. S. A. Confidencial*, por un tal Lait y un tal Mortimer, se describía el mundo en que esta gran organización extendía sus tentáculos. Con mi ayuda, ¡qué hazañas podría emprender! ¡Qué delicioso drama!

Mis meditaciones fueron interrumpidas.

–¡Duques! –exclamo asustado uno de mis acompañantes –. ¡Vamos, hombre! – me dijo, empujándome hacia un portal

Parece ser que la causa de su exclamación fue la vista de otros tres o cuatro muchachos, vestidos del mismo modo que mis compañeros, pero con cazadoras azules. Entramos en una amplia habitación, casi oscura, e inmediatamente el más alto y fuerte de mis compañeros empezó a bajar hacia un sótano. Estaba extremadamente oscuro. Olía muy mal, como a aire corrompido, pero mucho más fuerte; podría sospecharse que había, quizá, una incompleta combustión de madera o carbón junto con una putrefacción general. Por fin, llegamos al fondo de la rampa. Uno de los de mi escolta se dirigió a los otros.

–Nos han seguido, seguro. Esto puede traer jaleo. ¿Desplumamos a este tipo?

E intentaron caer violentamente sobre mí. Yo por fortuna, estaba un poco alarmado por su visible miedo, y, por si acaso, había sacado de mi maleta un Stollgratz 16: así que, sin perder tiempo, les apunté con él. Cuando me dispuse a colocarlo otra vez en la maleta, los muchachos estaban inertes en el suelo; pero pensé que podía encontrarme con más peligros y, en lugar de unirlo al resto de los aparatos de los que me había provisto para unirme con la Mafia, lo introduje en el bolsillo de mi chaqueta. Comprendí que los cinco jóvenes pretendían robarme y que, tal vez, nunca habían tenido intención de llevarme al cuartel general de la organización secreta que yo buscaba. Pero entonces aparecieron los de la chaqueta azul.

–¡Alto!–ordené –. No me fiaré de ustedes hasta tener pruebas de que merecen mi confianza.

Se detuvieron mirándome y mirando también al Stollgratz 16, y oí que uno de ellos comentaba:

–Ese perro tiene un revólver.

–Eso no es un revólver, hombre –respondió el otro –. Mira a Los leopardos. ¿Los ha liquidado con ese chisme?

Capté enseguida la intención de la pregunta.

–Exacto. ¿Son ustedes amigos de ellos?

–No. Son Los Leopardos y nosotros somos los Ruidosos Duques. Los has liquidado y así nos has hecho un gran favor.

Recibí esta información que indicaba que las dos sociedades eran enemigas, y, por desgracia, me deslicé en un ejemplo del Error Bivalente. Partiendo de que p significa *no q*, yo desarrollé, equivocadamente, que *no q* equivale a r (tomando r ,

como ustedes comprenderán, como la clase de fenómeno que me era favorable). Después, continúe en voz alta:

Se ofrecieron a conducirme al cuartel general de la Mafia, pero luego prefirieron arrebatarme la gran cantidad de dinero que llevo conmigo.

Y les hablé del enorme deseo que sentía por establecer contacto con la Mafia, mientras ellos descendieron y se colocaron, agrupados, en torno mío, examinando con curiosidad las figuras inmóviles de Los Leopardos.

Parecían dispuestos a ayudarme; pero, desde luego, yo no debía haber olvidado que las deducciones «no Leopardo significa Ruidoso Duque» y «no Leopardo significa Foraminífera-9», o sea, «Ruidoso Duque significa Foraminífera-9»... Podían estar equivocadas y no roe hubieran engañarlo. Porque, en la práctica, Los Duques me eran tan poco favorables como Los Leopardos. Un miembro de su banda se puso a mi espalda.

Me di cuenta rápidamente de que sus intenciones no eran buenas e intenté volverme para soltarle una descarga del Stollgratz 16, pero el muchacho era muy rápido. Tenía un cilindro metálico y con él me golpeó en la cabeza, dejándome inconsciente.

2

AGENTE 8805

El establecimiento se llamaba Chris's. Debe de haber decenas de millares como ese en la ciudad. Un mostrador de mármol con cinco altos taburetes, un despacho de tabaco, uno, mayor de refrescos, y de un alambre a 1o largo de la pared colgadas con pinzas, revistas de chicas. Y un tocadiscos tragaperras; no puedo imaginar un lugar como Chris's sin su tocadiscos.

Estaba sentarlo allí desde hacía un par de horas y comenzaba a ponerme nervioso. Yo no esta allí porque me gustase la Coca-Cola, sino porque aquel era el punto de reunión de una banda juvenil llamada Los Leopardos, con los cuales intentaba trabajar desde hacía un año; y la razón por la cual comenzaba a ponerme nervioso era porque no veía a ninguno de ellos.

El muchacho que estaba tras el mostrador –se llamaba igual que yo, Walter, pero mientras mi apellido es Hutner, el suyo procede de Puerto Rico –era algo tonto. Intenté repetidas veces hablar con él cuando no estaba ocupado, que era casi siempre, pues hacía mucho frío para tomar refrescos. Pero no quería hablar. Y, sin embargo, a estos chicos les gusta hablar. Gran parte de lo que dicen carece de sentido–son fanfarronadas, bravuconerías o tacos que no vienen a cuento –, pero

siempre hablan; cuando guardan silencio significa que hay jaleo. Por ejemplo, si uno va solo por la calle Treinta y Cinco y se encuentra con una pareja de estos muchachos, hablando, no hay peligro. Pero si interrumpen su conversación, hay que alejarse rápidamente. Pueden hacer daño. No es que Walt fuera peligroso, por lo que yo sabía pero es un ejemplo.

Así que aquel silencio era una mala señal. Significaba que tramaban algo y que mi tarea del día venirse abajo. Aún peor: podía significar que Los Leopardos habían descubierto que yo había aprobado mis exámenes y era ahora un miembro de las Fuerzas de Policía de la Ciudad de Nueva York, con la insignia número 8805.

Era muy trabajoso establecer relaciones con esos chicos. No les gustaban los extraños y odiaban, en particular, a los polizontes. Por eso traté de ocultarles la noticia durante algunas semanas.

Se abrió la puerta. Apareció Hawk. No me miró lo que era una mala señal. Hawk, uno de los miembros más jóvenes de Los Leopardos, alto, delgado, de piel oscura, en lo que cabe, había hecho cierta amistad conmigo. Permaneció en la puerta, por donde se filtraba un aire helado.

–Walt, ven.

No se refería a mí, pues me llamaban Champ. Walt dejó el tebeo que estaba leyendo y salió, también sin mirarme. Cerró la puerta.

Pasó el tiempo. Los veía, a través de la ventana, hablando entre ellos y mirándome. Tramaban algo, desde luego. Estaban atemorizados. Malo.

Esos chicos son como animales salvajes: si tienen miedo, procuran herir los primeros; es la única forma de defenderse que conocen. Mas, por otra parte, yo no les había hecho nada, pero cuando mi mano tropezó en mi bolsillo con la flamante chapa de agente, comprendí que no me darían tiempo. Odian a los policías, como he dicho; y, sin embargo, los policías son parte de su medio ambiente. Es un contrasentido.

Walt regresó y Hawk se fue rápidamente. Walt se colocó tras el mostrador, encendió un cigarrillo, limpió el mármol, recogió su tebeo, lo volvió a dejar, y, finalmente, me miró.

–Alguien se ha cargado a Fayo y a algunos muchachos. Es un buen lío.

Aspiró su cigarrillo.

–Los han liquidado, Champ. A los cinco.

–¿Liquidado? ¿Muertos?

No era nada bueno. No había habido una auténtica tormenta desde hacía meses, por lo menos con muertos. Pero Walt negó con la cabeza.

–No están muertos. Si quieres verlos ve al sótano de Gómez. Están sin sentido, pero respiran. Yo iré tan pronto como el viejo venga a relevarme.

Parecía un poco asustado. Le dejé y corrí hacia la casa donde vivía la familia Gómez.

Se encontraban tendidos en el piso de la bodega como pellejos de vino. Fayo, jefe de la banda; Jap, Baker y otros dos a los que yo no conocía tan bien. Respiraban, como Walt había dicho, pero no podían moverse.

Hawk y su hermano gemelo, Yogi, estaban con ellos. Los chicos parecían perfectamente bien, pero no lo estaban. Me agaché para olfatear su aliento, sin encontrar trazas de licor o algo parecido en él.

Me levanté.

–Será mejor que busquéis un médico.

–Ni hablar. Si llamamos a una ambulancia los polis vendrán con ella, seguro – respondió Yogi, con el asentimiento de su hermano.

–¿Qué ocurrió? –pregunté.

–¿Conoces a Gloria, esa bruja que sale con uno de los Duques? Se lo contó a mi chica. Dijo que Fayo entró aquí con un tipo y que algo le dejó tieso. A él y a los otros. Habló no se qué de un chisme raro.

–¿Qué clase de chisme?

Hawk parecía preocupado. Admitió finalmente que no lo sabía; pero que era un arma peligrosa. Eso es lo que había dejado fuera de combate a los cinco Leopardos.

Le envié a la droguería para comprar sales y le encargué que trajera café puro bien caliente, no porque creyera que era ese el remedio, sino porque no quería llamar a una ambulancia. Los muchachos no parecían en peligro, sino dormidos únicamente.

Sin embargo, comprendí que aquel era un problema al que no podría hacer frente yo solo. Lo más sensato era hacer una redada; pero eso alarmaría a Los Leopardos. Los seis meses que había pasado tratando de trabajar con ellos no había tenido mucho éxito –gran parte de los agentes secretos que trabajaban en los alrededores habían hecho más progresos que yo –, pero al menos tenían la suficiente confianza en mí como para contarme sus cosas, lo que no harían con un policía uniformado.

Desde el mismo instante de prestar juramento llevé conmigo mi treinta y ocho con arreglo al reglamento. Lo tenía en mi americana. No creía necesitarlo, pero lo llevaba. Si había algo de cierto en la historia del arma extraordinaria que había dejado fuera de combate a los muchachos –y allí estaba como prueba –, tuve la convicción de que algo extraño ocurría en la parte Este de Harlem aquella tarde.

–Champ. ¡Recobran el conocimiento!

Me volví. Hawk estaba en lo cierto. Los cinco Leopardos, de repente, se estremecieron y abrieron los ojos. Tal vez las sales que les habían hecho oler hubieran surtido efecto, pero no lo creo.

Les hicimos tomar café, aún bastante caliente. Estaban asustados. Más de lo que nunca les había visto. Al principio les costaba trabajo hablar, pero cuando me contaron lo sucedido no podía creerlo. Un hombre extraño, pequeño, estaba buscando a la Mafia, de la cual había leído cosas en los libros *antiguos* de historia.

No tenía sentido, al menos sin hacer suposiciones ridículas. ¿Un hombre de Marte? Tonterías. ¿O del futuro? Igualmente ridículo...

Entonces los cinco Leopardos resucitados comenzaron a dar vueltas. La bodega estaba oscura, sucia, llena de muebles y montones de periódicos, y habitada por ratones; y no era sorprendente que no nos hubiéramos dado cuenta de un objeto brillante que estaba bajo una vieja estufa.

Era un extraño objeto.

Jap lo cogió, lo examinó y luego me lo entregó. Al tocarlo sentí un cosquilleo. No fue doloroso; pero era una sensación extraña. Parecía uno de esos aparatos que venden en las tiendas de artículos de broma y que producen una especie de calambre en la mano que estrecha la del propietario.

Era muy brillante, redondo, y producía un constante zumbido; lo volví y encontré una etiqueta escrita con letra femenina: *Aviso. Este portatron armoniza tan solo con la percepción de Rayo de Bailey. Manténgase inactivo hasta la llegada del ajustador.*

Eso es lo que decía.

Pensé llevarlo a la autoridad más elevada, pues creí que ese asunto no era cosa de Los Leopardos.

Mas, cuando intenté dirigirme a las escaleras, no pude moverme. Mis pies no me respondían. Evidentemente, estaba inmovilizado.

Me debatí, pero nada; miré a mí alrededor en busca de ayuda y nadie podía ayudarme, pues todos los Leopardos estaban inmóvil izados también.

Nos encontrábamos como clavados en el suelo de la bodega de Gómez.

3

COW

Cuando vi lo que aquel tipo había hecho con Los Leopardos supe que era un buen pájaro el que había caído en nuestras manos. Entonces saltamos sobre él y comprendí que su frialdad no era la de un pajarito precisamente. Angel y Tiny le sostuvieron por los brazos, y yo le quité el aparato que llevaba en las manos. Sí, y salimos arreando.

Había polis en la calle, de forma que salimos por la parte posterior, saltando algunas tapias. A Tiny no le gustaba aquello. Me dijo:

–¿Por qué no dejamos aquí a este tipo? Debe de pesar dieciocho toneladas.

–¡Cargad con él!–dije, y cerró el pico.

Así es como se hacen las cosas entre los Ruidosos Duques. Cuando Cow habla, todos los demás aceptan sus palabras como si fueran ley.

Le llevamos al desván del Club Social. Maldición, ¡vaya si hacía frío allá arriba! Oíamos desde arriba los golpes de las bolas de billar al entrechocar unas con otras, por lo que di la orden de guardar silencio. Después di una patada a aquel tipejo, y se despertó.

Tan pronto como hablé con él un poco me convencí de que la suerte había estado de nuestra parte cuando tropezamos con Los Leopardos y con aquel tipejo. Aquel tipo era algo serio. Sí, yo nunca había oído hablar de nada parecido. Pero tenía todo lo que realmente se precisa para una buena lucha. Tomé mi vieja pistola y se la di a Tiny. Se puso muy contento, y a mí, ¿qué me costaba? El arma que arrebaté a aquel sujeto hacía parecer a la vieja pistola como un juguete infantil.

Al principio no estaba dispuesto a despegar los labios.

–Dale fuerte –ordené a Angel, pero tuvo miedo.

–No –me respondió –. Es un sujeto de cuidado, Cow. Creo que lo mejor será que nos larguemos de aquí cuanto antes.

–Dale, te digo –le ordené nuevamente, en voz baja. Me obedeció. No tenía necesidad de asegurarme que aquel tipejo se las traía, pero apenas recibió un par de patadas se sintió charlatán. Ya lo creo que sí. Habló por los codos, diciendo un montón de cosas raras, pero esto no me importaba. Sacamos todo lo que llevaba en el buche y le obligué a decirme para qué servía aquel chisme. Demonios, la mitad de las veces no sabíamos de qué hablaba, pero supe lo necesario. Hasta el mismo Tiny consiguió enterarse al cabo de un rato, porque vi que daba de lado a la vieja pistola que yo le había dado y que tanto le gustaba.

Me sentía realmente bien. Hasta deseé ver aparecer a un par de Leopardos para mostrarles lo que se habían dejado arrebatar. Sí, me sentía con fuerzas para enfrentarme con ellos, con los Perros Negros y con todos los polis del mundo juntos, todos unidos. Así es como me sentía de bien y fuerte. Me sentía tan bien, que hasta ni me enfadé con Angel cuando este lanzó un alarido de alegría al descubrir el fajo de billetes que tenía aquel sujeto. Pero aunque se trataba de buena moneda americana, no me gusta que llegue a mis manos con tanta facilidad.

Claro que, una vez tan a mano, ¿qué iba a hacer? Se lo quité a Angel y lo conté. Aquel pavo estaba bien provisto; había allí más de mil dólares.

Cogí unos cuantos billetes y se los di nuevamente a Angel, con toda frialdad.

–Consíguenos una buena carga –le ordené –. Hay mucho trabajo por hacer y me encuentro con ganas de «cargarme» un poco para llevarlo a cabo.

–¿Cuántos petardos quieres que traiga?–me preguntó, agarrado a todo aquel dinero.

Mucho más de lo que había visto junto en toda su vida.

—¿Petardos?—exclamé—. Nada de eso. Quiero algo bueno realmente esta noche. Busca a Cuatro Ojos y que te de lo mejor que tenga.

Me miró asombrado. Parecía atemorizado y yo sabía que lo estaba, porque este ingenuo no ha tenido en su vida más que esos petardos de marihuana. Pero yo esa noche estaba por un par de cápsulas de heroína, y lo que yo haga lo hará también él.

Salió a buscar a Cuatro Ojos y el resto de nosotros nos quedamos guardando a aquel tipejo de la artillería tan extraña, esperando su regreso.

* * *

Es como si me encontrara en el mejor de los sueños, pero, ¡diablos!, no quería despertar.

Pero los efectos de la heroína se desvanecían y me sentía deprimido. Sería capaz de dar de patadas a mi propia madre si me dijera una palabra más alta que la otra en aquellos momentos.

Fui el primero en recuperarme y ponerme en pie en busca de jaleo. Todo el lugar estaba lleno ahora. Angel ha debido de correr la voz a todos los Duques, pero no consigo recordar cuándo fueron llegando. Hay ocho o diez de los nuestros tirados por el suelo, sin moverse.

Pero yo estoy en pie, y todos ellos van a imitarme. La emprendo a patadas con ellos y comienzan a rebullir. Hasta el extraño tipejo ha debido de drogarse. Supongo que alguno quiso ver los efectos que producía en él la heroína, pero la verdad es que parece encontrarse en el Séptimo Cielo. Si, todos ellos se sienten deprimidos y malhumorados, pero yo los tranquilizaré. Hasta ese pequeñajo de Sailor se siente con suficientes agallas para desafiarme, pero le miro fijamente y se tranquiliza. Angel y Pete se encuentran verdaderamente mal, sacudidos por temblores y estremecimientos, pero yo no estoy dispuesto a esperar a que se sientan mejor.

—Dadme eso—grito a Tiny, quien me tiende los extraños artefactos que quitamos al tipo aquel. Comienza a repartirlos entre ellos.

—¿Qué voy yo a hacer con esto?—pregunta Tiny, mirando extrañado lo que le he dado.

Se lo digo:

—Apunta con ello y dispara.

El no estaba presente cuando el ser fantástico nos dijo para qué servía aquello. Quiso saber para qué servía, pero mi conocimiento no llega a tanto. Únicamente le repito:

—Apunta y dispara, hombre.

He enviado a uno de la pandilla a buscar bebidas y cigarrillos y ya ha regresado. Pronto nos sentimos todos mejor, aunque todavía un poco malhumorados. Comienzan a sonsacarme.

–Parece como si fuera a haber jaleo –dice uno de ellos.

Asiento con la cabeza, serenamente.

–Tú lo has dicho –respondo –. Esta noche va a haber una gran batalla. ¡Los Ruidosos Duques van a conquistar el mundo!

4

SANDY VAN PELT

La oficina central hizo una pausa en las noticias que nos daba a través de la radio del coche, y sospeché que se habían equivocado. Llevaba demasiado tiempo en City Hall y ese no es lugar para hacerse un porvenir la Asociación de la Prensa es aquí muy rígida–. No hay ninguna oportunidad de conseguir un artículo en exclusiva a causa de los convenios. Puse la radio. Esto significaba que comenzaba el turno de noche, pero no había otro remedio.

Supongo que en la oficina central conocían el valor del dinero, porque solo daban noticias de accidentes automovilísticos como si fuera la historia de la segunda venida al mundo de Cristo, y quizá ayudaba a la circulación. Pero, por desgracia, no se había registrado ni un asesinato, ni una explosión, ni tan siquiera un tiroteo nocturno en los cuatro meses que había estado allí de guardia. Y lo que era peor, el muchacho que venía conmigo como fotógrafo a Sol Detweiler –no sabía conducir, por lo que me veía obligado a hacer de chófer toda la noche.

Regresábamos de La Guardia para ver si era cierto que una muñeca estupenda había llegado aquella noche acompañando al Ali Khan en su avión –no era cierto –, íbamos por el puente de Triborough, hacia el East River Drive, cuando nos llamó la central. Detuve el coche y respondí a la llamada.

Era Harrison, redactor nocturno.

–Escucha, Sandy, hay una pelea de *gangs* en el East Harlem. ¿Dónde estás ahora?

Aquello, lo confieso, no me convencía mucho.

–Siempre hay luchas de esas en Harlem, Harrison. Tengo frío y me dirijo al juzgado de guardia, donde puede o no haber un buen artículo, pero, por lo menos, entraré en calor.

–¿Dónde estás ahora?

Harrison no bromeaba. Miré a Sol, sentado junto a mí. Creo que había oído todo. Comenzó a manipular la cámara, sin mirarme Pulsé el botón de «hablar» y

comunicué mi situación a Harrison. Le complació mucho; estaba a menos de siete manzanas del jaleo, según me dijo, y añadió muy claramente que debía ir allí sin dilación.

Me puse en marcha preguntándome por qué diablos había escogido la profesión de periodista; podía ganar cinco veces más dinero con cinco veces menos trabajo en una agencia. Para empeorarlo, oí que Sol reía por lo bajo. La razón para que se divirtiera tanto estaba en que la primera vez que patrullamos juntos había cometido el error de decirle que yo era un reportero ardiente y él me había visto helarme de frío durante cuatro meses.

Créanme, por quinientos dólares al contado habría parado el coche, arrojado las llaves al East River y tomado el primer autobús hacia las afueras de la ciudad.

Estaba completamente seguro que aquella historia de la lucha sería de lo más vulgar y que lo único que saldría ganando sería un catarro por caminar entre la nieve.

Y eso no demuestra el ardiente periodista que soy en realidad.

Sol comenzó a actuar cuando llegamos a la esquina que Harrison nos había indicado.

–Es en Chrís's –afirmó señalando una tienda de refrescos–. Creo que es ahí donde se reúnen los Leopardos.

–¿Conoces esto?

Asintió.

–Conozco a un tal Walter Hutner. Fuimos juntos a la escuela hasta hace unas semanas. Salió de allí para entrar en la Academia de Policía. Quería ser agente.

–¿Le conociste en la escuela?

–Claro, señor Van Pelt. Wally Hutner estudiaba sociología, yo periodismo; pero teníamos un par de clases en común. Trabaja aquí, en el consejo del vecindario; es una especie de consejero adulto de uno de los gangs.

–¿Necesitan que les aconseje sobre cómo ser *gángsters*?

–No. No es eso, señor Van Pelt. La misión de estos consejeros es llevar a los muchachos a los centros sociales, apartarlos de la calle. Hutner trabaja con una banda llamada Los Leopardos.

–Cuéntemelo más tarde –le interrumpí. Detuve el coche ante una de las ventanas y permanecí a la escucha.

Sí, había algo. No en la esquina que Harrison había dicho –no se veía un alma por allí, pero no muy lejos se oía algo como armas de fuego, gritos e incluso ¡bombas! También se oían sirenas, sin duda, de los coches patrulla.

–¡Es por allí!–gritó Sol. Estaba excitado y asustado a la vez. Ninguno de los dos podíamos decir de dónde provenía aquel ruido infernal. Parecía el día D en Normandía, y no me gustan esa clase de ruidos.

Tomé una decisión rápida. Regresé al coche.

–Pero... –inició Sol, mirándome.

–Color local –expliqué –. ¿Ese sitio de que hablas, Chris's? Vamos a ver si encontramos a alguien.

–Pero, señor Van Pelt, las fotografías deben ser de la lucha.

–¡Fotografías! ¡Vamos!

Me dirigí hacia el establecimiento y no tuvo más remedio que seguirme.

Desde luego el jaleo era tremendo. Ahora que miraba todo más detenidamente vi que habían estado por allí; las ventanas del establecimiento estaban rotas, muchas luces de la calle apagadas, y lo que, a primera vista me pareció una escalera frente a una casa de vecindad no era sino una cornisa desprendida del tejado. No tenía ni idea de como demonios habían hecho todo aquel destrozo; pero me bastó para convencerme que Harrison estaba en lo cierto al hablar de una lucha descomunal. En la parte donde se oía el bullicio la noche se iluminaba, sin duda a consecuencia de los estampidos.

Ni hablar. Yo no iba a donde estaba el lío. Amo la vida. Si se hubiera tratado de una riña corriente, con botellas rotas, navajas o incluso revólveres, tal vez me hubiera atrevido; pero eso era demasiado.

–Adentro –ordené a Sol, y empujamos la puerta de la confitería.

Al principio no vimos a nadie, pero, después de llamar un par de veces, un muchacho, de unos dieciséis años, moreno y asustado, asomó su cabeza tras el mostrador.

–¿Qué ha pasado aquí?–pregunté. Me miraba como si yo fuera una especie de monstruo de dos cabezas –. Vamos, muchacho. Cuéntanos lo que ha ocurrido.

–Un momento, señor Van Pelt.

Sol se puso ante mí y comenzó a hablar en español con el muchacho. No entendí nada, tan solo una pregunta de Sol. Mi español es tan solo un poco mejor que mi *swahílí*, así que no cogía ni palabra. Pero Sol tradujo.

–Conoce a Walt. Eso es lo que le preocupa. Dice que Walt y alguno de Los Leopardos están en un sótano y que hay algo que no va bien. No sé exactamente que es...

–¿Y qué dice de este infierno?

–¿Quiere usted decir de la lucha? ¡Oh!, es enorme, señor Van Pelt. Se trata de un gang llamado Los Ruidosos Duques. Han conseguido hacerse con armas, no sé exactamente de qué clase, pero deben de ser algo serio. Dice que dispararon hacia

aquí desde la calle. Creo que se necesitaría un cañón para hacer un destrozo semejante; pero debemos hacer algo por Walt y Los Leopardos.

–Muy bien, Sol. Muy bien –le felicité entusiasmado –. Vamos en busca de ese sótano.

–Señor Van Pelt, las fotografías...

–Lo siento. He de llamar a la oficina.

Me fui hacia el coche.

El ruido era atronador y los resplandores cada vez más intensos; daba la impresión de que se estaban acercando al lugar donde nos encontrábamos. Bueno, el coche no era mío y por eso no me preocupó dejarlo en la calle. Y un sótano era un buen refugio. Llamé a la oficina y empecé a relatar a Harrison lo que habíamos visto; pero no me dejó terminar.

–Sandy ¿dónde te has metido? He intentado llamarte para... Escucha, tenemos un aviso de Fordbam. Han detectado radiaciones procedentes del East Side. ¡Es peligroso continuar ahí! Radiaciones, ¿me oyes? ¡Eso significa armas atómicas!

Silencio.

¿Oye?–grité y entonces recordé que había que oprimir el botón de «hablar»– Harrison, ¿continúas ahí?

Silencio. Las líneas estaban interceptadas.

Salí del coche, y comprendí, a medias, lo que había ocurrido a la radio. Ahora, algo nuevo brillaba en la noche. Subía entre las nubes y era como una taza boca abajo suspendida sobre algo.

No estaba allí hacía tres minutos.

Oí que el teatro se acercaba cada vez más. En una esquina, una patrulla de Policía corría, se detenía, disparaba; corría, se detenía, disparaba de nuevo. Era como la retirada de Caporetto en miniatura. ¿Quién los perseguía? Al cabo de un minuto vi a un muchacho, con cazadora azul eléctrico, que llevaba en sus manos dos curiosas armas; una aureola de plata le rodeaba; el mismo color que las luces del cielo; y juraría que vi cómo las balas de los policías le alcanzaron lo menos veinte veces en veinte segundos y él pareció no notarlo.

Junto a mí estaban Sol y el muchacho de la confitería. Miramos otra vez a aquel ejército de un solo hombre que venía hacia nosotros, riendo, saltando y disparando sus extrañas armas. Y entonces, salimos de allí en busca de un sótano. ¡Cualquier sótano!

Soy cocinero. Trabajé en un local llamado El Edén Blanco, sito en la Quinta Avenida, Nueva York, entre los años 1949 y 1962. Algunos aborígenes me llamaban Bessie, y les gustaba mi forma de cocinar la carne congelada de un cuadrúpedo rumiante.

Usando técnicas aprobadas, mi misión era recopilar datos antropométricos, mientras «yo» pasaba, como ellos decían, por «camarero». Estaba físicamente agotado y miré mi portatron. Un aborigen llamado Lester me gritó:

–¡Eh!, Bessie, ¿llevas un despertador en el cuaderno de notas?

En efecto, la señal de llamada del portatron había sonado y él la relacionaba con el único dato de su experiencia a lo que se parecía: el sonido de un timbre.

Anoté la llamada, que me aconsejaba remover en caso necesario, y pasé al fondo del almacén. Me identifiqué en el portatron, y recibí la información de lo que había acontecido a un tal Rayo de Bailey, identificado como Foraminífera–9 Hart, que en lugar de un tratamiento sistemático Weltschmerz, prefirió matar el tedio aventurándose en otra época...

Hice dos propuestas: Primera, recriminar al conserje de la Casa de Aprendices por facilitar el volumen anotado titulado U. S. A. *confidencial*. Segunda, sancionar igualmente al Director de Transportes por permitir a la clase Rayo de Bailey el acceso al viaje de tiempo. Salí del local, llevando mi portatodo, por la puerta trasera.

No había hecho más que salir cuando recibí una información complementaria: se habían empleado superarmas en el área hacia la que me dirigía. Esto me hizo abandonar mi camuflaje por completo. Me hice transparente y me dediqué a examinar a los indígenas sin encontrar ninguno que precisara ser removido. Anduve unos sesenta metros y la atmósfera se iba haciendo más densa según me aproximaba al área de alarma. Mientras cruzaba un «parque», detecté la presencia de otro ajustador, que reconocí como Alephplex Priam's Maw, es decir, mi padre. Me dijo lo siguiente:

–Date prisa, Besplex Priam's Maw. Ese idiota de Foraminífera ha sido capturado por los aborígenes y le han arrebatado sus armas.

–¿Armas?–pregunté.

–Sí –continuó mi padre – Foraminífera–9 ha traído con él más de tres kilos de armas. Incluidas las electrónicas.

Registré este dato y tomamos tierra, volviéndonos opacos en la penumbra de un portal y examinando nuestros perceptores.

¿Cuarentena?–sugirió mi padre.

–Cuarentena –contesté yo.

Abrió su portatodo y sacó la plateada cúpula de cuarentena, primer paso de nuestro ajuste. Ahora a aislar, a remover...

–¿Un ajustador?

Observé el fenómeno a que se refería: Un joven aborigen venia hacia nosotros, persiguiendo a un grupo de policías. En una mano llevaba un arma y en la otra un tranquilizador –creo que era un Stollgratz I6. Además, llevaba un cinto de invulnerabilidad. Los agentes le disparaban con sus armas de proyectiles que el cinturón repelía. Neutralicé su coraza, apagándola en mi portatodo.

–No es un ajustador –indiqué a mi padre. Pero ya se había dado cuenta.

Le dejé que neutralizara a los policías, mientras yo ponía a cero mi portatron. No le envidio el trabajo, pues muchos de los policías estaban muertos, según ellos.

* * *

El portatron me indicó un sótano donde había diez o doce personas, inmóviles hasta mi llegada. Uno de ellos suplicó:

–Señorita, por favor, llame a la Policía. Estamos pegados aquí...

No quise escuchar más, pero les neutralicé y les dormí. El portatron me indicó también donde estaba Foraminífera–9 Hart Rayo de Bailey, el cual, al verme, se expresó en el dialecto de los locus.

–Besplex Priams's Maw, por Dios, sácame de aquí.

–¡Fuera!–grité –. ¡Ojalá no hubieras nacido nunca, como ellos dicen!

Le neutralicé, pero no le dormí, siguiendo las instrucciones de la autoridad central. Sin embargo, sí dormí a los aborígenes que estaban con él.

Entonces aparecieron AlephpTex con otros cuatro ajustadores que llegaron antes que la cúpula de cuarentena impidiera el paso al área de los disturbios. Cada uno de nosotros se había visto obligado a abandonar su disfraz, por eso las zonas de Nueva York de 1939 a 1986 requerían nuevos ajustadores para reemplazarnos. Otro cargo más contra Foraminífera.

Concluimos las fases 1 y 2 de nuestro Ajuste: el aislamiento y desplazamiento de las especies turbadoras. Enviamos algunas muestras de los disturbios, bajo disfraz, dormidos y neutralizados. Solo me resta decir que hay un número de 3.840 personas en el área que han sido testigos de los anacronismos causados por las armas de Foraminífera.

Albplex y los otros cuatro están, actualmente, reparando algunos daños físicos causados por dichas armas. Yo, al tiempo que hago este informe mantengo la campaña de cuarentena que aísla esta zona física y temporalmente de los alrededores. Creo que si las reparaciones se efectúan con rapidez, cuando terminen, los aborígenes situados fuera de esta área lo único que habrán notado será un resplandor plateado en el cielo. Todos los ajustadores aquí presentes trabajan lo más rápido posible para poder quitar la cúpula antes que los de fuera la observen. En caso contrario, sería necesario hacer lo mismo en toda la ciudad. No nos gustaría una repetición del incidente de California.

FIN